

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 20 DE FEBRERO DE 1910.

NÚM. 112.



LA VIDA EXTRAORDINARIA DE UN GALLO HABLADOR

Realizóse la evasión felizmente; el rapaz dió con su cuerpo en una charca cenagosa. El chaquetón amortiguó el golpe, y Gerineldo, sano y salvo, aunque lleno de cieno y algo dolorido el cuerpo, recogió el violín que le había precedido en la caída y salió de la calleja estrechando amorosamente contra su pecho á su salvador.

Quiso su buena ventura que se encontrase en el camino real y que

Ayuntamiento de Madrid

muy pronto emparejase con él una diligencia; aconsejado por *Cresta de oro*, montóse en el estribo y al rayar el alba hacía alto la diligencia á la entrada de una ciudad.

En sus múltiples correrías de lazarillo no había visto Gerineldo ninguna tan grandiosa, con tantas torres y cúpulas como vislumbraba á la tibia y rosada luz del crepúsculo matutino.

—¿Qué ciudad es ésta?—preguntó á uno de los guardianes, que hacía su oficio recostado en la pilastra de una monumental puerta de piedra.

El hombre dióle noticias, con tonillo insolente, de que se encontraba en la capital del reino, residencia del monarca.

—¿En dónde está el palacio del rey?—siguió preguntando el vagabundo.

—¡Ah! Pero, ¿tú vas á palacio?—observó zumbonamente el de la puerta.

—Sí, quiero ver al rey.

—¡Vamos!—indicó el vigilante, que se sentía parlanchín y gracioso.—¿Tú vienes á curar á la princesa Celinda...?

—¿A la princesa Celinda...?

—Sí, la hija del rey; sin duda la traes el remedio que curará la melancolía que entristece sus horas desde que desapareció el príncipe Amarte, su prometido esposo.

—No sé de qué me habláis. Yo sólo quiero ver al rey para...

Cresta de oro alzó la cabeza y murmuró imperativamente al oído del joven:

—¡Calla...!

—Para... verle...—terminó de decir, confuso, Gerineldo.

—Pasa, pasa, ganapán. Buena embajada le aguarda hoy á nuestro soberano. ¡La embajada del hambre!

Y muy satisfecho de la ironía, rióse el guarda, mientras que con el índice mostraba un soberbio edificio que había al frente de la monumental puerta, en una gran plaza, á la sazón llena de gente.

* * *

Cresta de oro, pegado el pico á la oreja de su conductor, le dijo cuando se encontraron en la plaza:

—A nadie más que al rey has de dar cuenta de la misión que traemos, si no quieres que te metan otra vez en la cárcel. Y no en todos los sitios encuentra un gallo una lima para libertar á su amigo.

—No olvidaré tu prudente advertencia—repuso con humildad el muchacho.

Debía festejarse en la ciudad algún gran suceso, por cuanto la plaza hallábase cubierta de una abigarrada multitud que, dividida en múltiples corrillos, hablaba, produciendo ese zumbido peculiar de las muchedumbres parlanchinas.

Lleno de curiosidad, acercóse el vagabundo á uno de los grupos y pudo enterarse de la causa que motivaba la reunión popular.

“CRESTA DE ORO” Y GERINELDO SE VALEN DE LA ENFERMEDAD DE LA
HIJA DEL REY PARA ENTRAR EN PALACIO.

No le había engañado el guarda al decirle que la hija del rey padecía de una tristeza incurable desde que desapareció de la corte su prometido. Murmuraban las comadres y compadres del corro que el príncipe Amante había dejado con tres palmos de narices á la princesita para irse en la alegre compañía de una graciosa titiritera. Juraban los murmuradores que la tal había conseguido atraer al príncipe dándole á beber de un agua milagrosa fabricada por una bruja, madre de la titiritera.

Lo cierto y verdad era que el tiempo pasaba, el príncipe no volvía, y Celiada de vez en vez ofrecíase más triste y angustiada. Los más famosos físicos—que en lo antiguo así se llamaban los médicos—no encontraban remedio para alegrar el espíritu de la enamorada doncella.

La ciencia declaróse vencida, y el rey Filanto II, padre de la malaventurada, había hecho publicar en todo el reino un pregón ofreciendo honores y riquezas al que curase á su hija.

De todas partes acudieron al olor de la recompensa sabios y necios, pero todos salieron de la corte con las manos á la cabeza, sin satisfacer los naturales deseos del atribulado monarca.

Para aquel día habíase anunciado la llegada de un misterioso personaje de Oriente, en el cual el rey, la corte y el pueblo ponían todas sus esperanzas. Tratábase de un adivino ó mago prodigioso que leía en lo porvenir, profetizando lo venidero, que descubría lo más oculto y que curaba las dolencias más extrañas.

Entraría en la ciudad con la pompa de un gran señor, y para fisgar su entrada reuníase el buen pueblo en la plaza.

—Amigo Gerineldo—rezó *Cresta de oro* al oído del rapaz,—demos gracias á Dios que nos depara una ocasión tan propicia para entrar en palacio.

—¡Magnífica en verdad...! Y cuándo nos veamos ante el rey...

—Te verás tú sólo, porque yo no pienso entrar en la regia cámara.

—¿Por qué, hombre, digo, *Cresta de oro*...?

—Porque no es costumbre que los reyes den audiencia á los gallos, y, además, porque no conviene que me hagas intervenir á mí en la sorpresa de la conspiración. Para tí toda la gloria...

—¡Pero si tú has sido el alma en este negocio...!

—Pero el rey creará al oírte tal cosa que le cuentas una historia china, y es posible que, en vez de recibir el premio que mereces, recibas un centenar de azotes. Y no hablemos más, que la gente parece fijarse en nosotros más de lo que nos conviene.

Continuará.



LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

V

.....
Entraron Urso y Pipá triunfalmente en el castillo de las hadas blancas, conducidos de la mano por dos de ellas; la tercera iba delante abriendo puertas con un gran manajo de llaves de oro.

Los niños abrían sus ojitos inocentes llenos de asombro y entusiasmo. Las estancias que atravesaban no se parecían en nada á las que ellos tenían costumbre de ver. Pasaron por una que parecía un jardín encantado; grandes plantas de raras y gigantescas proporciones la llenaban.

Entraron en otra los niños en la que paredes, techo, suelo y todo era de oro brillante á trechos y á trechos mate. Los asientos estaban bordados de piedras preciosas, y en dicha habitación todo era soberbiamente resplandeciente y fastuoso.

Creían los asombrados y pequeños visitantes que no podrían entrar en otro departamento que les impresionase más que lo que hasta entonces habían visitado, pero confesaron su error cuando penetraron en una estancia que parecía exactamente una sucursal del cielo que soñamos. Allí no había paredes, ni techos, ni suelo, ni muebles, ni nada efectivo y real; era una estancia formada al parecer por nubes, rosadas unas, blancas otras, azulinas algunas, que componían un conjunto suave, divino, plácido, incapaz de ser descripto. A través de algunas de estas nubes se veían angelitos alados, tiernos y risueños; en otras se creía adivinar tal cual refulgente estrella. Urso y Pipá miraron emocionados aquel pequeño paraíso.

Otras muchas habitaciones vieron los niños en su visita al castillo, á cal más extrañas y maravillosas.

Las hadas los interrogaron:

—¿Os gusta el castillo?

—¡Mucho, mucho, muchísimo!—exclamaron los dos.

—¿Es esto como os lo habíais figurado?

—¡Es mucho más precioso!—dijo Urso.

—¿Quién os había hablado de ello?

—En todo el país se cuentan maravillas del castillo de las hadas.

—Pues á mí—dijo de pronto la dulce Pipá—aunque me asombran todas las cosas que hemos visto, hay otras cosas que me chocan más en lo que se dice por el país.

—¿Y por qué te chocan más, rubia niña?—preguntó una de las hadas?

—Pues... pues... el caso es que no sé cómo explicarme... Vamos; habitaciones así, me las he figurado yo... es decir... sí, sí, me las he figurado. ¿Esa de las nubes y los angelitos...? Pues lo mismito creo yo que será el cielo... y mi mamá dice que dos niñas que tenía antes de nacer yo... pues... que se la fueron al cielo... y tendrán alas y todo... Serán como esos que hemos visto... Yo también veo así á mis hermanitos cuando sueño... ¿Esa sala grande... grande... toda de oro y piedras? Pues á mí me parece que así serán los palacios de los reyes y de los príncipes... Y esa otra que tiene espejos y plantas, ¿saben lo que me parece...? Pues me parece á los jardines del paraíso... donde dicen que estaban las primeras personas que hizo Papá-Dios... y así todas las cosas... Muy retepreciosas... sí... pero algo me extraña más.

—¿Y qué es lo que tanto te maravilla?—la preguntaron.

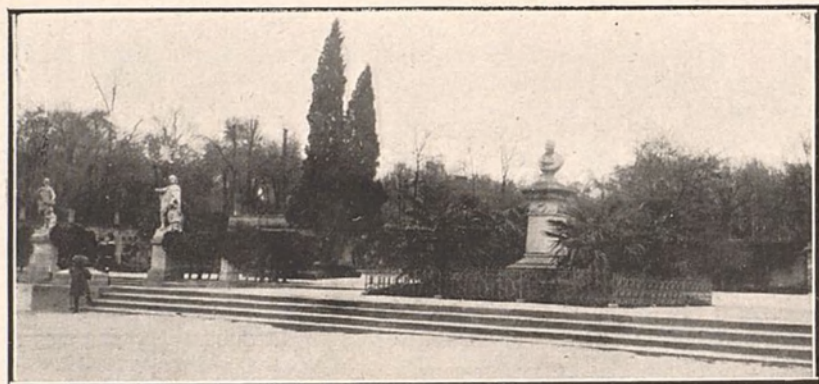
—Pues... eso que cuentan de que aquí, en los campos, las espigas son de oro; y que además nadie se pone malo... ni le duele nada... y que además, todos los niños se vuelven trabajadores porque les daís una caja... ¡ea! ¡ea! eso no lo creo, ea!

—Pues todo es cierto, y de todo te convencerás, nenita incrédula—dijeron las hadas.—En los días que seáis nuestros huéspedes, veréis todas esas cosas, os convenceréis de su verdad, contribuiréis á que se realicen y seréis, en fin, cuando retornéis á vuestros hogares, los más entusiastas narradores de las maravillas que se encierran en el castillo de las hadas blancas.

M.^a ATOCHA OSSORIO.



Ayuntamiento de Madrid



EL PARTERRE

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

VIII



ERVIGIO

Vamos con el Parterre, que es uno de los sitios más hermosos del Retiro... ¡Qué bien ordenado y qué limpio está aquí todo! Es un lugar muy á propósito para los juegos infantiles, y así se comprende que siempre esté lleno de chicos... Mira, Juanito, mira cómo saltan aquellos rapazuelos que apenas levantan un palmo sobre la tierra... ¿Y ese grupito de rubias y morenas jugando al corro, no es encantador? ¡Qué alegría se siente por estos contornos! Aquí no se oyen más que cantos de pájaros y vocecitas tiernas, que viene á ser lo mismo.

—Aquí hay cinco reyes, papá.

—No, hijo mío, cuatro.

—¿Y esa estatua pequeñita? La del centro de la plazoleta.

—Razón tienes, hijo mío. Ese busto es también el de un rey, grande, bueno, sabio y poderoso, puesto que es el del doctor Benavente, que supo salvar á tantos niños de la muerte. Pero

vamos con los reyes. Este es Ervigio, el godo, cuyo reinado puede resumirse en pocas palabras. Alcanzó la corona mediante una acción vituperable, como fué la de cortar el pelo á Wamba para que no pudiera reinar.

—¡Anda, salero!

—No te rías, Juanito. Las leyes de entonces prohibían la corona á los tonsurados. Ervigio se arrepintió en seguida, y aunque reunió dos Concilios en Toledo para que acordaran su derecho al trono mediante los documentos que les presentó, renunció á la corona á los pocos años de su reinado.

—¡Le cortarían también el pelo!

—Se lo cortó él, que para el caso era lo mismo. Vamos con otro.

—Vamos.

—Sancho IV. De éste sí que sabrás algo.

—Sí...

—Pero antes déjame que te diga, por si lo ignoras, que parece hecho á propósito esto de poner juntos á Ervigio y Sancho IV, pues ambos reyes vivieron durante su reinado víctimas de los remordimientos. Sancho IV se había rebelado contra su padre, proclamándose rey antes de serlo, y esto le corrompió la vida.

—Sí, sí, Sancho IV era hijo de D. Alfonso el *Sabio*, y fué proclamado rey á la muerte de éste. Casó con doña María de Molina, de quien tuvo varios hijos, entre ellos D. Fernando IV, á quien presentó siendo niño como sucesor suyo, lo que originó la protesta de los infantes de la Cerda, con los que tuvo que pelear constantemente. Todo su reinado lo empleó en guerras y expediciones militares, alcanzando grandes victorias, contra los moros especialmente.

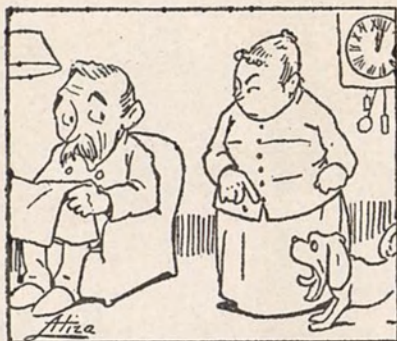
—Y nada más... ¡Ah, sí...! Se le llamó el *Bravo* y el *Fuerte*.

—¿Nada más? Olvidas que en su reinado ocurrió el famoso episodio de Guzmán el *Buena* frente á los moros de Tarifa. Y también que heredó de su padre el amor á las letras, y mandó traducir varias obras interesantes y escribió él también algunas, entre otras el famoso *Libro de los castigos*, donde hay muy notables consejos y advertencias.

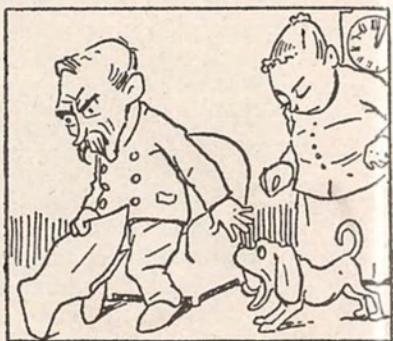


SANCHO IV

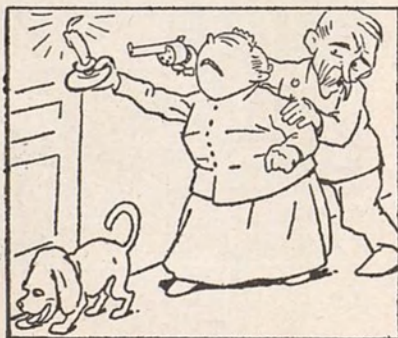
EL INSTINTO I



1. Este perro está nervioso,
¡ladra de un modo espantoso!



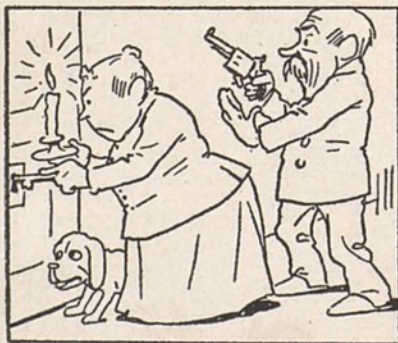
2. ¡Algo sucede en la casa!
Vamos á ver lo que pasa.



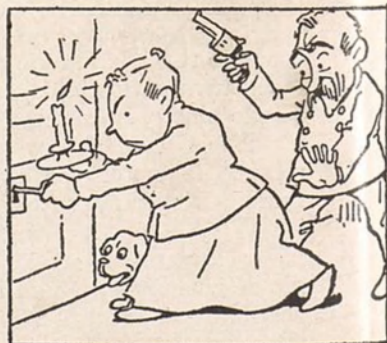
5. Por aquí se siente ruido
¡á ver si es un forajido!



6. ¡Salga quien sea en seguida
si quiere seguir con vida!



9. Serenidad y... ¡á la una!
Aguarda un poquito, Bruna.

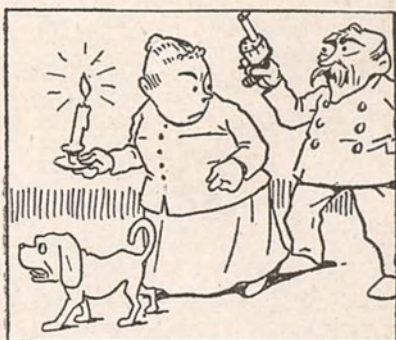


10. Mientras abres me preparo
para largar el disparo.

DEL PERRITO



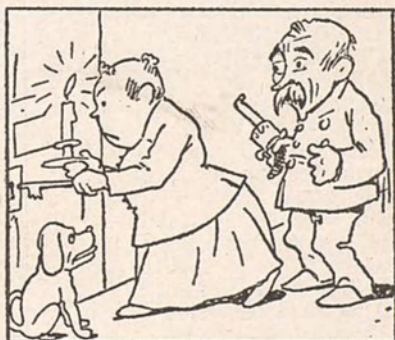
3. Ve tú delante alumbrando y yo detrás vigilando.



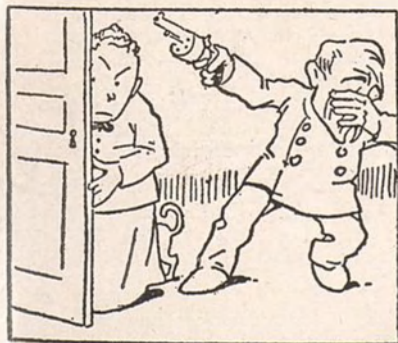
4. No tengas miedo á un percance que yo protejo tu avance.



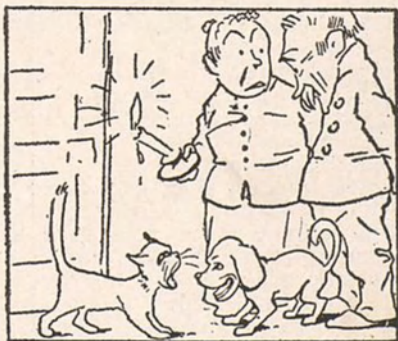
7. ¡Tendremos que abrir la puerta! Abre tú; yo estaré alerta.



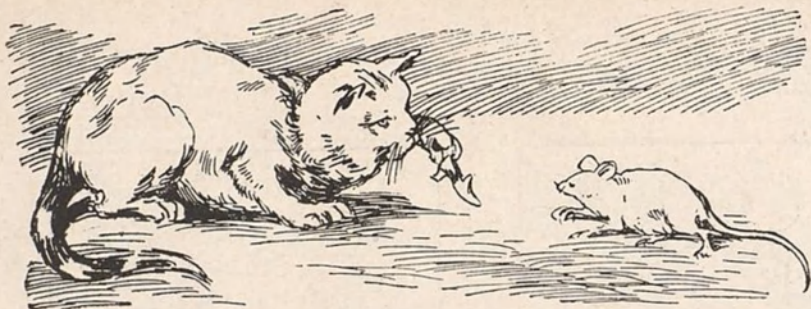
8. Ten precaución y sigilo, no estés con el alma en vilo.



11. ¡Falló el tiro! ¿Y has abierto? ¡Ya puedo darme por muerto!



12. ¿Lo ves, mujer timorata? ¡Es la pobrecita gata!



LOS ZAPATITOS ENCARNADOS

FABULA

(ENRIQUE HEINE)

¡Oh, la gata marrullera,
tan viejecita y canosa,
que echándola de industriosa
se fingía zapatera...!

De los curiosos al paso,
ofrecía en su ventana
zapatitos de badana,
de tafilete y de raso.

Chinelas con lazos de oro
que brillaban como un cielo,
babuchas de terciopelo
que valían un tesoro.

Pero entre el oro y la plata
de adornos tan infinitos,
había unos zapatitos
de un rojo casi escarlata

¡Oh, qué alegre frenesí
causaba el verlos brillar
á las mozas del lugar
que pasaban por allí...!

Atravesó la avenida
donde vivía la gata
una bella y blanca rata,
de familia distinguida.

Ante tan gallarda cosa,
detiene veloz el pie,
se recrea en lo que ve
y exclama con voz melosa:

—¡Oh, tenéis, señora mía,
calzado á la perfección;
esas chinELITAS son
de inestimable valía...!

¡Muy bien cortadas, muy be-
llas...!

Si el precio no es muy subido,
á comprarlas me decido;
¿qué es lo que pedís por ellas?

Y la gata redomada
dijo con galantería:

—Pasad, linda rata mía,
honraréis esta morada.

Aquí se calzan el pie
las más nobles damiselas,
y respecto á las chinelas
no reñiremos á fe.

Pasad, sentáos un rato,
las probaréis, como es justo,
y si están á vuestro gusto
podremos cerrar el trato.

Así, con voz reposada
habló la gata ladina,
y la pobre chiquitina,
inocente y confiada,

cayó en la red de contado;
un blando asiento ocupó
y el pie ligero alargó
para probarse el calzado.

Mas he aquí que de repente
la gata salta sobre ella,
y sin piedad la degüella
clavándola agudo diente.

Y viéndola destrozada,
la dice con ironía:

—¡Ah, pobre monina mía,
aquí dió fin tu jornada!

Para aplacar tus enojos,
ya que no sea otra cosa,
pondré en tu fúnebre losa
esos zapatitos rojos.

Y cuando ya la fatal
trompeta nos llame á juicio
podrán hacerme servicio
para la danza final.

MORALEJA

¡Ah, ratitas caprichosas,
que andáis corriendo al azar,
no os dejéis alucinar
por el brillo de las cosas!

Vale más, hablando en plata,
ir descalzas sobre abrojos,
que comprar zapatos rojos
en la tienda de la gata.

JAIMÉ MARTI-MIGUEL



RELATOS DE CAZA

DIA ACIAGO

A punto de amanecer, Luis Ruíz Olmo se levantó y cogió los siguientes objetos: un puchero con liga, un manojillo de espartos y un jilguero enjaulado. Además se proveyó de aceite y sal para condimentar algunos de los pajarillos que seguramente caerían en sus manos, y, ufano y contento, con la alegría que dan las ilusiones y los pocos años, se encaminó á un monte, que á más de una legua de distancia y en medio de la llanura alzaba su mole pedregosa.

Era la mañana de las frías de Febrero. Un airecillo sutil corría por el desierto campo. El sol mostróse rojizo tras los picachos de la lejana sierra y dejó caer sus perezosos y lánguidos rayos sobre los acirates y los surcos que plateaba la escarcha. El suelo, martirizado por la helada, se abría en caprichosas grietas, y en los arcaduces de las norias los carámbanos formaban caprichosas estalactitas, encanto de los ojos del novel cazador. Este, burlándose del frío, caminaba de prisa silbando una alegre jota; pero de vez en cuando tenía que detenerse y soltar puchero y jaula para calentarse con el aliento las amoratadas manos.

Después de hora y media de camino, llegó al monte que perfumaba el llano con el sano aroma de sus jarales, tomillos y espliegos. Junto á unos zarzales y á la vera de una pocita, cuyo hielo hubo de romper

para que brillara el agua clara y transparente, colocó el reclamo y lo ocultó con unas retamas; luego embadurnó con la traidora liga los espartos y los repartió profusamente en el suelo y en las espinosas ramas del inmediato zarzal, y ya cumplidos estos preliminares, escondióse él mismo tras una roca no lejana.

Mientras el reclamo ensayaba unos tristes gorjeos, Luis pensaba en lo sabrosos que están los pájaros fritos y se relamía de gusto como si ya los estuviere engullendo.

Se pasaron dos horas en tan dulces imaginaciones y, aunque hasta entonces ni un solo pájaro se había acercado al funesto zarzal, conso-



lósese Luis porque en la lejanía vislumbró algunos bandos de jilgueros.

—¡Canta, canta ahora, pajarillo de mi alma!—exclamó en el colmo del gozo dirigiéndose al reclamo.

Pero desde aquel momento no volvió á sentir ni un solo gorjeo y cuando, ya harto de esperar, se acercó á la jaula y levantó las retamas que la encubrían, tiró la gorra al suelo, se mesó los cabellos, pataleó y empezó á verter sendos lagrimones... ¡El infeliz reclamo estaba muerto de frío...!

—¡Sin pájaros! ¡Sin cazar! ¡Sin comer!—dijo el pobrecillo Luis, entre hípidos de angustia.

Y embozándose en su raída capa, tornó hacia el pueblo con el puchero en la mano y el cadáver en la jaula.

José A. LUENGO.



LOS GENEROSOS

CONTINUACIÓN

DAM. ¡En el dulcísimo! No falta más que el señor les enseñe á burlarse de esta pobre vieja.

D. BEN. Si no es burla, mujer, si no es burla, sino todo al contrario. Quiero decir, que eres como las castañas, que tienen una cáscara erizada de espinas por fuera y guardan dentro un rico fruto. Ya ves.

DAM. Eso es otra cosa. Pero, de todos modos, ¿no es una pena horrible ver este desorden? ¿No debe llamarse á un trapero para que se lleve toda esta basura?

ROB. ¡Dale, bola! ¡Que son juguetes!

DAM. Pero si ahora precisamente os traerán los Reyes una porción de juguetes nuevos, como todos los años, ¿qué necesidad tenéis de estos desperdicios?

LUIS. Por lo mismo que vamos á tener otros, hemos pensado en regalar éstos á los chicos de la lavandera, que son pobres y no los tienen.

DAM. Pues meterlos en una caja,

con mil de á caballo, y tenerlos guardados.

MARIA. ¡Pero si tú no sabes por qué están aquí! Es que los estamos componiendo, porque están muy estropeados.

LUIS. ¿Te parece bien que les demos los juguetes en pedazos?

DAM. ¡Toma! Por eso está aquí sobre una silla el pucherete de la coía. ¡Qué escándalo! ¡Sobre una silla fina y estas pinturas poniéndolo todo perdido! ¡Bendito y alabado!

D. BEN. Déjalos, Damiana, que acaben su tarea, que luego arreglarás.

DAM. ¡Santa Bárbara bendita! ¡Más niño es el señor que sus nietos!

ESCENA III

Dichos, menos DAMIANA.

LUIS. Tienes razón, abuelito; esta Damiana siempre ha de estar gruñendo.

MAN. Se ha ido refunfuñando, como siempre.

D. BEN. Damiana os quiere con todo

su corazón; pero es así y no lo puede remediar. Después de todo, no le falta razón en la ocasión presente para quejarse de cómo habéis puesto este cuarto, porque la verdad es que está hecho una lástima.

LUIS. Ya sabes por qué. Tenemos que componer los juguetes rotos para regalárselos á los pobres chicos de la lavandera, Roque y Petrilla.

MAN. Además, que Damiana no sabe que esta idea es de mamá.

D. BEN. De mamá, ¿eh? No, mi hija no se pierde, no hay cuidado.

LUIS. ¿Qué dices, abuelo?

D. BEN. Nada, hijo mío; yo me entiendo. ¿Conque mamá os ha aconsejado que deis á esos niños los juguetes rotos?

LUIS. Así es, y á mí se me ocurrió que era mejor componerlos.

D. BEN. Muy bien pensado, porque la verdad es que hechos pedazos como están no son un regalo muy espléndido.

MAN. Lo malo es que no quedan muy bien. Esta muñeca tiene rota una mano y no sé dónde ha ido á parar. ¿Cómo la pongo yo otra?

D. BEN. Se hará cuenta Petrilla de que era manca.

MAN. Es verdad, pero... ¡Anda salero! ¡Ahora noto que la falta un ojo!

D. BEN. Pues era una niña manca y tuerta.

LUIS. Por poco te apuras. Yo acabo de componer una figura del Nacimiento; era un pastor sin cabeza y le he pegado con cola la de una oveja y resulta muy gracioso.

D. BEN. ¡Mucho! ¡Sobre todo, muy original!

ROB. Abuelito, yo te tengo que decir una cosa.

D. BEN. Dímelas.

ROB. Es que no quiero que esos se enteren!

D. BEN. Pues ven aquí y dímelas muy bajito.

ROB. *(Se acerca á su abuelo y se sube en una silla para llegar á su oído.)* Pues es que yo no tengo ningún juguete roto.

D. BEN. Pues mejor para ti.

ROB. No, abuelito, porque yo quisiera regalar algo á esos niños.

D. BEN. *(Coge á Roberto en sus brazos y le besa con cariño.)* ¡Ven acá, corazón de oro, que vales más que las pasetas!

MAN. ¿Qué te ha dicho que te ha gustado tanto, abuelo?

LUIS. ¿Qué ha sido ello?

ROB. No se lo digas.

D. BEN. ¡Curiosos! Son cosas secretas entre Robertito y yo.

MAN. Pues para que podáis hablar á vuestro gusto, os dejo. Voy á pedir á mamá cinta azul que necesito.

LUIS. Y yo también os dejo, porque tengo que ir á calentar esta cola que está ya como una piedra. *(Vanse Manolita y Luis.)*

ESCENA IV

D. BENITO, ROBERTO y después ROQUE

D. BEN. ¿Y qué piensas hacer para regalar un juguete á esos chicos, no teniendo ninguno roto? Vamos á ver.

ROB. Pues... ya lo tengo pensado.

D. BEN. ¡Bravo! Eres hombre prevenido. ¿Y qué es lo que has pensado hacer?

ROB. Pues... ya lo he hecho.

D. BEN. ¡Caracoles! ¡Qué ejecutivo! Cuéntame, cuéntame lo que has hecho, hijo mío.

ROB. Pues... verás. Como mamá ha mandado que les diésemos á esos niños los juguetes rotos y yo no tenía ninguno roto...

D. BEN. ¿Qué?

ROB. Pues... he roto uno de los nuevos.

D. BEN. ¡Bendita sea tu alma! Has hecho un desatino, pero un desatino precioso.

Continuará.



ESPAÑOLES ILUSTRES

FRAY GABRIEL TELLES

A los nueve años de haber nacido Lope de Vega vino al mundo, en Madrid, el año 1571, el dramaturgo español conocido más que por Gabriel Telles, por Tirso de Molina, que había de ser, después del

Ayuntamiento de Madrid

Fénix de los ingenios españoles, el segundo, tanto por el orden cronológico cuanto en el estético. De niño se ilustró de modo que le hizo ser siempre distinguido entre sus condiscípulos y muy estimado por todos sus maestros. Una verdadera vocación le señaló el rumbo que su vida debía tener, hasta el punto que, no queriendo contradecir lo que le dictaba su alma, entró y profesó luego en la orden de la Merced, en aquellos días una de las más austeras y rigurosas y en la que sus individuos más debían exteriorizar y ejercer su caridad. Los superiores de la Corporación bien pronto adivinaron el saber y mérito del nuevo religioso, á quien, tan pronto terminó sus estudios, le encomendaron difíciles y graves puestos para que sus talentos de humanista é historiador se dieran á conocer con todo esplendor. No defraudó Tirso la buena opinión en que le tenían, puesto que dejó bien patente sus extraordinarias cualidades en cuantos asuntos científicos, eclesiásticos y profanos se sometieron á su vigilancia y dirección. Viendo tales prendas en él, los capítulos de su Orden le designaron para las más altas jerarquías, tanto, que cuando le llegó la hora de su muerte, el 12 de Marzo de 1648, era prior de Soria y comendador de la provincia.

Si su mérito como sacerdote, por su virtuosa vida y excelente fama, tiene toda la que su austeridad observantísima merece, no menor estimación ha alcanzado en el teatro español. Habitado por la práctica del confesonario y también por su natural finura y agudeza espiritual á analizar y diseccionar los modos y las fases de las pasiones, los caprichos y las veleidades mundanas, ningún otro autor dramático ha tenido una lógica tan inflexible y perfecta.

Es gran maestro en el trazo de cuadros históricos en *La prudencia en la mujer* y en *Las hazañas de los Pizarros*; de drama trágico, *La venganza de Tamar*, obra inspirada en los libros sagrados; del género romántico, en *Los amantes de Teruel* y en *El burlador de Sevilla*; pero donde sobresale y sigue siendo maestro de todos y eternamente nuevo, es en sus comedias y dramas de amores y celos, de enredos é intrigas, de las cuales las más notables son: *Amor por razón de Estado*, *Celos con celos se curan*, *Del enemigo el primer consejo* y *Don Gil de las calzas verdes*.

Donde pinta caracteres de mujer, que no han llegado á ser imitados, cuanto menos superados, es en *Mari Hernández*, *La gallega* y en *La villana de la sagra*.

Finalmente, la obra en la que se destaca como filósofo de mérito nada vulgar es en el incomparable drama *El condenado por desconfiado*.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.